

Departamento de Antropología Cultural e Historia de América y de África
Sección de Historia de América
Facultad de Geografía e Historia
Universitat de Barcelona

Programa de Doctorado Bienio 2002-2004
“Recuperación de la memoria. América Latina”

¿“Otros” argentinos? Afrodescendientes porteños y la construcción de la
nación argentina entre 1873 y 1882

Tesis realizada por
Lea Geler
para optar al título de Doctora en Historia

Directora: Dra. Pilar García Jordán

Co-directora: Dra. Gabriela Dalla Corte

marzo de 2008

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN.....	5
PARTE I- CONTEXTUALIZACIÓN.....	27
CAPÍTULO 1- SOBRE LOS AFROPORTEÑOS	29
1.1- Discursos de nación	30
1.1.1- “Caras negras y cabezas blancas”. Alberdi y Sarmiento.....	32
1.1.2.1- Falucho, el héroe anónimo (y negro)	40
1.1.3- Los “buenos milicos”. <i>Croquis</i> y retratos	44
1.1.3.1- El coronel Morales. El héroe con nombre y apellido (¿negro?)	47
1.1.4- Mujeres negras	50
1.1.5- Memorias de otros tiempos	52
1.1.6- La nación y sus alteridades.....	60
1.2- Censos, padrones, actas y registros: contar a los afrodescendientes	66
1.2.1- ¿Cuántos eran los afroporteños a fines del siglo XIX?	66
1.2.2- Las mediciones estadísticas como objeto de estudio.....	74
1.2.3- La nación blanca, no tan blanca aún.....	81
CAPÍTULO 2- PRENSA, PUBLICIDAD Y PODER	85
2.1- El poder de la prensa y la opinión pública en la Buenos Aires del XIX	86
2.1.1- Diarios, periódicos y revistas en la Argentina del XIX.....	92
2.2- Esfera pública burguesa, contra-esfera pública subalterna.....	96
2.3- Intelectuales subalternos.....	100
2.4- La prensa afroporteña en el siglo XIX.....	103
2.4.1- Crítica de fuentes.....	113
2.4.2- En busca del cambio y del progreso.....	114
2.4.3- Periodistas, directores y redactores	118
2.4.4- En diálogo pero en paralelo.....	123
2.4.5- Los periódicos y sus lectores.....	126
2.4.6- El “panóptico” de la regeneración.....	131
2.4.7- Escribir la propia historia: “¿Por qué se llama La Broma?”	135
2.4.8- Los periódicos comunitarios	142
2.5- Cuando las esferas públicas coinciden	145
2.5.1- Racconto de los hechos	146
2.5.2- Una victoria negociada.....	150
PARTE II- LA COMUNIDAD AFROPORTEÑA.....	155
CAPÍTULO 3- LA COMUNIDAD: CÓMO, CUÁNTOS, DÓNDE.....	157
3.1- Categoría nativa y categoría de análisis	157
3.2- ¿Cómo?.....	160
3.2.1- Una comunidad “de color”.....	161
3.2.2- Una comunidad “argentina”	163
3.2.3- Una comunidad “pobre” y “trabajadora”	166
3.2.4- Una comunidad que se “civiliza”	169
3.3- ¿Cuántos?	174
3.4- ¿Dónde?.....	176
3.4.1- El espacio comunitario	184
3.4.2- La conquista de la ciudad.....	191
3.4.3- Las formas de habitabilidad	196
3.4.4- Espacios de encuentro	199

CAPÍTULO 4- SOCIABILIDAD AFROPORTEÑA	205
4.1- Candombes, bailes y tertulias	205
4.2- Civilizar el baile y la sociabilidad	213
4.3- Diversiones y artes “populares”	226
4.3.1- Circo y teatro.....	227
4.3.2- Payadores	232
4.3.3- Literatura	236
4.3.4- Artes plásticas y música	246
4.4- Nota sobre la risa y lo cómico	251
4.5- Carnaval.....	256
4.6- Asociacionismo afroporteño.....	287
4.6.1- Asociarse para triunfar	292
 CAPÍTULO 5- HOMBRES Y MUJERES AFROPORTEÑOS.....	297
5.1- El disciplinamiento social de la mujer.....	297
5.2- Las afroporteñas según los afroporteños	299
5.3- Las afroporteñas también dicen.....	305
5.3.1- ¿Un discurso afrofemenino?.....	311
5.4- El trabajo femenino	315
5.5- Nuevas familias, sociabilidades, cotidaneidades.....	323
 PARTE III- UNA COMUNIDAD EN CONFLICTO: TIRANDO DE LOS HILOS DEL FOLLETO DE ROLÓN	331
 CAPÍTULO 6- CLASIFICACIONES NUEVAS Y VIEJAS, Y ALGUNAS DE SUS CONSECUENCIAS.....	335
6.2- Los vínculos intercomunitarios	341
6.2.1- Afroargentinos.....	342
6.2.2- Los «hermanos» allende El Plata	343
6.2.3- Sociedades “de color”. Esclavos del Brasil.....	350
6.2.4- De los vínculos transnacionales a la identificación diaspórica	353
6.3- Discriminaciones y rechazos	359
6.3.1- Morir por la nación, por fuera de la nación.....	367
6.3.1.1- Barcala: héroe nacional y “de color”	370
6.3.1.2- Escribir la historia: los “Apuntes” de Arrieta	374
6.4- El mal está en nosotros	377
6.4.1- La existencia como infierno	380
6.5- La furia de la moda.....	384
6.5.1- Ser es parecer	385
6.5.2- Parecer no es ser.....	396
 CAPÍTULO 7- EL TRABAJO DIGNIFICA.....	405
7.1- El disciplinamiento laboral.....	406
7.2- Ocupaciones y negocios	409
7.3- El verdadero ciudadano es el artesano.....	422
7.4- Clases laboriosas, clases obreras, clases en lucha	430
7.4.1- La huelga de los tipógrafos	437
7.4.2- El servicio doméstico en Buenos Aires y los afroporteños	441
7.4.3- La ley del embudo.....	445
 CAPÍTULO 8- UN COLEGIO PARA LOS NIÑOS DE COLOR	455
8.1- Los afroporteños y la escolarización	456
8.2- La opción de la segregación	460

CAPÍTULO 9- LA UNIÓN IMPOSIBLE	481
9.1- ¿Qué asociación?	482
9.1.1- Cosmopolitas o raciales.....	487
9.2- La utopía de la igualdad.....	491
9.2.1- Igualdad y exclusivismo.....	494
9.2.2- De eso no se habla.....	505
9.2.3- “Renegados” de la raza	508
CAPÍTULO 10- LA POLÍTICA	513
10.1- Las elecciones de 1874	516
10.1.1- El mundo electoral	518
10.1.2- Nosotros, nuestros rivales y “los otros”	524
10.1.3- “Punteros” locales y redes clientelares.....	527
10.2- Independentismo político y discurso crítico	530
10.3- Las elecciones de 1880: la independencia insostenible.....	541
10.4- La política y sus consecuencias	563
APUNTES FINALES.....	573
BIBLIOGRAFÍA CITADA	579
ARCHIVOS, CENSOS Y FUENTES.....	591

ÍNDICE DE CUADROS, MAPAS Y FIGURAS

Cuadro 1. Población de Buenos Aires según la clasificación por color, 1836-1838.....	69
Cuadro 2. “La población clasificada por el color”, 1887	69
Cuadro 3. “Nacimientos procedentes de mezclas de razas y de uniones entre gentes de color”, 1887	70
Cuadro 4. Matrimonios por “color”, 1887	71
Cuadro 5. Defunciones según el “color”, 1887	71
Cuadro 6. Muertes por raza en la ciudad de Buenos Aires, 1871-1878	72
Cuadro 7. Distribución de los periódicos por sus materias principales en 1877 y 1882	95
Cuadro 8. Período cubierto por las publicaciones afroporteñas trabajadas.....	112
Cuadro 9. La prensa afroporteña en la segunda mitad del siglo XIX.....	144
Cuadro 10. Porcentaje de direcciones particulares por parroquia	187
Cuadro 11. Porcentaje de direcciones particulares por zonas o ejes de habitabilidad.....	187
Cuadro 12. Comparación porcentual viviendas en periódicos (1873-1882) y censo municipal de 1887	190
Cuadro 13. Personas viviendo en conventillos en las 20 secciones policiales.....	197
Cuadro 14. Comparación por parroquias de la concentración de viviendas afroargentinas con respecto al porcentaje de argentinos viviendo en conventillos según el censo municipal de 1887	198
Mapa 1. Ciudad de Buenos Aires en 1866.....	180
Mapa 2. Ciudad de Buenos Aires en 1887	181
Mapa 3. División parroquial de Buenos Aires hacia 1880.....	182
Mapa 4. División por secciones policiales	183
Mapa 5. Concentración de viviendas afroporteñas en la ciudad por ejes, según los periódicos comunitarios.....	189
Mapa 6. Distribución de los “cantones” de carnaval en 1876.....	261

Fig. 1. Anuncio de la programación del Teatro Goldoni. <i>La Broma</i> , 5 de octubre de 1882	231
Fig. 2. “El payador Gabino Ezeiza”. <i>Caras y Caretas</i> , 30 de agosto de 1902	236
Fig. 3. Tapas y dedicatorias de los libros de Horacio Mendizábal.....	243
Fig. 4. Anuncio de <i>La Broma</i> , 11 de diciembre de 1879	248
Fig. 5. <i>La Perla</i> , 15 de febrero de 1879	258
Fig. 6. Pedido de Federico Coito a la municipalidad	263
Fig. 7. Anuncios de salones para fiestas de carnaval. <i>La Broma</i> , 2 de marzo de 1878.....	264
Fig. 8. Firmas de presidentes de asociaciones carnavalescas afroporteñas.....	275
Fig. 9. Diversiones de carnaval. <i>Caras y Caretas</i> , 16 de febrero de 1901	278
Fig. 10. “Episodio carnavalesco”. <i>Caras y Caretas</i> , 23 de febrero de 1901	279
Fig. 11. Anuncio de Celestina García. <i>La Juventud</i> , 20 de mayo de 1878.....	316
Fig. 12. Anuncio de Antonia Coco. <i>La Broma</i> , 17 de febrero de 1881.....	317
Fig. 13. Anuncio de Saturnina Gómez. <i>La Broma</i> , 14 de marzo de 1880.....	317
Fig. 14. Anuncio de una planchadora. <i>La Luz</i> , 3 de mayo de 1878	318
Fig. 15. Anuncio en italiano. <i>La Broma</i> , 23 de octubre de 1879	326
Fig. 16. Anuncio agente marítimo. <i>La Broma</i> , 3 de agosto de 1879.....	327
Fig. 17. Zenón Rolón. <i>Caras y Caretas</i> , 28 de enero de 1899.	334
Fig. 18. Anuncio de la tienda A la Ciudad de Londres. <i>La Perla</i> , 20 de junio de 1879.....	388
Fig. 19. Anuncios varios de tiendas de vestir de <i>La Perla</i> , <i>La Broma</i> y <i>El Aspirante</i>	389
Fig. 20. Página completa de anuncios de <i>La Broma</i> , 16 de septiembre de 1881	390
Fig. 21. Anuncio de confección de tarjetas de visita. <i>La Broma</i> , 9 de octubre de 1879	391
Fig. 22. Anuncio de casa de fotografía de Ansaldi. <i>La Broma</i> , 4 de junio de 1880.....	392
Fig. 23. Anuncio de casa de fotografía de Christiano Junior y de La Moda Elegante. <i>La</i> <i>Igualdad</i> , 24 de mayo de 1874.....	392
Fig. 24. Caricatura de compadrito. <i>Caras y Caretas</i> , 24 de enero de 1903	404
Fig. 25. Caricatura empleado estatal 1. <i>Caras y Caretas</i> , 21 de septiembre de 1901	411
Fig. 26. Caricatura empleado estatal 2. <i>Caras y Caretas</i> , 25 de octubre de 1902.....	412
Fig. 27. Anuncio Anastasio Boniche. <i>El Aspirante</i> , 28 de mayo de 1882	413
Fig. 28. Anuncio de Higinio Constanzó. <i>La Broma</i> , 20 de marzo de 1881	414
Fig. 29. Anuncio de Antonio Cardozo. <i>La Broma</i> , 30 de diciembre de 1880.....	414
Fig. 30. Anuncio Carpa en las Fiestas del Pilar. <i>La Juventud</i> , 10 de octubre de 1878.....	415
Fig. 31. Firma de Pedro Salas en el pedido a la Municipalidad de 1879 (AHMBA Soc-32-1879 Cultura)	416
Fig. 32. Anuncio de comidas a domicilio. <i>La Broma</i> , 17 de febrero de 1881.....	418
Fig. 33. Anuncio búsqueda cocinera. <i>La Broma</i> , 9 de octubre de 1879.....	419
Fig. 34. Anuncio ama de leche. <i>La Broma</i> , 4 de diciembre de 1879	419
Fig. 35. Anuncio cocinera. <i>La Broma</i> , 7 de febrero de 1880	420
Fig. 36. Anuncio joven llegado de Europa. <i>La Broma</i> , 28 de febrero de 1880.....	420
Fig. 37. Anuncios planchadora (se ofrece) y cocinera (se necesita). <i>La Juventud</i> , 10 de junio de 1878.....	420
Fig. 38. Anuncio de búsqueda de cajista. <i>La Juventud</i> , 10 de junio de 1878.....	420
Fig. 39. Anuncio buscando niño mucamo. <i>La Broma</i> , 16 de octubre de 1879	421
Fig. 40. Anuncio de búsqueda de aprendiz. <i>La Broma</i> , 21 de enero de 1878	422
Fig. 41. Forma de contrato propuesta para regular el servicio doméstico. AHMCB- Soc- 30- 1879 Gob.....	443
Fig. 42. Anuncio Liceo Mercantil en <i>La Broma</i> , 18 de noviembre de 1881.....	459
Fig. 43. Anuncio Profesor Jammes. <i>La Juventud</i> , 11 de junio de 1876.....	459
Fig. 44. Acta de instalación de la Sociedad Fomento de la Educación. <i>La Juventud</i> , 20 de febrero de 1878.	461

INTRODUCCIÓN

Si nos preguntamos acerca de la población argentina, suelen suceder en general dos cosas. La primera es que pensamos en Buenos Aires como ejemplo válido para imaginarnos el resto del país. La segunda es que esa misma imagen nos devuelve una población “blanca/europea”. Pero esta idea nada tiene de obvia y mucho menos de “natural”, y fue trabajada, construida y generalizada en un proceso que duró varias décadas y tiene su origen en el siglo XIX, cuando comenzaron a gestarse desde los grupos hegemónicos locales políticas y discursos tendentes a “conseguir” un pueblo “mejor” para el país que se estaba proyectando. La “excepcionalidad argentina” -en palabras que Halperín Donghi (1995: 7) retoma de los propios discursos de los hombres pertenecientes a aquellas elites- es la creencia en la consecución del éxito del programa llevado a cabo: el programa del progreso argentino, indefectiblemente ligado a un “tipo” particular de población, y que alejaba al país “racial y culturalmente” del resto de Latinoamérica.

Por la misma razón que se considera que la población argentina es blanca y europea y que su génesis se encuentra en los barcos que arribaban a los puertos provenientes desde Europa, la Historia Nacional argentina y la memoria social son coincidentes en la negación y el olvido de un pasado argentino “afrodescendiente” (también indígena, o incluso mulato/mestizo como categorías intermedias que fueron subsumidas en la red clasificatoria argentina, pero éste no será el tema del presente trabajo). Consecuentemente, en general se acepta que en la Argentina los descendientes de esclavizados y de esclavizadas africanos que vivieron en su territorio -los afroargentinos- fueron desapareciendo gradualmente desde la finalización del tráfico de esclavos hasta las últimas décadas del siglo XIX y comienzo del siglo XX. La razón de este curioso proceso se encontraría en mayor o menor medida en uno o varios tópicos, siendo los más comunes la disminución demográfica propia del detenimiento de entrada de gente desde África por la abolición de la trata de esclavos, la utilización de la población afrodescendiente como “carne de cañón” en las guerras previas a 1880, las mayores tasas de mortalidad de la población afroargentina comparada con el resto de la población, o el mestizaje (Andrews, 1989).

Creemos que esta idea de la “desaparición” puede ser considerada un mito fundacional de la nación argentina, tan importante como el que indica que los “argentinos vinimos de los barcos”, aunque ciertamente ha sido y es regularmente cuestionado por los estudiosos de diversas disciplinas que centran sus trabajos en los afroargentinos, y por la actividad de algunos afrodescendientes que reivindican este modo de identificarse.

En esta tesis abordaremos el tema de los descendientes de esclavizados y esclavizadas de Buenos Aires. Para ello, hemos fijado como período de estudio los tumultuosos diez años

que se vivieron en la ciudad entre 1873 y 1882. Aunque puede parecer un período muy acotado estamos, sin embargo, ante diez años fundamentales en la Historia Argentina: son los años que enmarcan el “hito” que se considera fue el año 1880. Tan significativamente ha sido entendida esta época que podemos imaginarla como un “momento-bisagra” (Dalla Corte, 2003) en la historia nacional argentina, un período de rápidos cambios en el que se aceleró el camino inexorable hacia el capitalismo y al sistema económico agroexportador, y que fijó el rumbo de la construcción nacional a través de la consolidación de un Estado fuerte, centralizado y disciplinador. El '80 marcó, como lo denominó Cicerchia, una “divisoria de aguas” (2001: 21).

En el plano económico, y siguiendo a Rock (1988), entre 1868 y 1880 Gran Bretaña aumentó su papel como mercado de exportaciones, invirtiendo cada vez más en la Argentina. En general, este fue el momento en que comenzó el desarrollo sostenido de los ferrocarriles y el crecimiento de la lana como producto de exportación. Pero, simultáneamente, se produjo un aumento de la vulnerabilidad ante la variabilidad internacional de precios y la subsiguiente contratación de deuda externa, que se dejó sentir en varias y sucesivas crisis económico-financieras mundiales que afectaron al país. Una de ellas sucedió en 1873 cuando se produjo la derrota de Francia en la Guerra Francoprusiana, lo que provocó una caída de las exportaciones de Gran Bretaña y un déficit de pagos. Paralelamente, en USA declinó el auge de los ferrocarriles, lo que provocó en conjunto el pánico financiero. La crisis comenzada en 1873 se extendería sobre la producción nacional, según Gallo y Cortés Conde (2005), a la mayor parte de la década de 1870. Pero a finales de ésta se produjo la revolución de la agricultura y la expansión de las exportaciones de este sector: trigo, maíz, avena, cebada, linaza, etc., siendo el inicio del período de especulación de la tierra. Así, se empezaron a concretar las grandes concesiones de tierras fiscales de Buenos Aires, contradiciendo la famosa máxima alberdiana de “gobernar es poblar” (con la que se prometía a la inmigración tierras para su cultivo) y consolidándose paulatinamente las grandes propiedades (Rock, 1988).

De este modo, la década del '80 fue la época en que las economías latinoamericanas se ajustaron a la economía de los países industrializados, resultando en grandes negocios e inversiones en los sectores de importación, exportación y comercio internacional. Se desarrollaron los puertos y los ferrocarriles y Buenos Aires fue una de las ciudades que más llamó la atención en este contexto (Romero, 2005). La ciudad de Buenos Aires participaba como anfitriona y protagonista principal de la ola de modernización del país. Los barrios y caseríos continuaban su crecimiento y comenzaban a diversificarse inconteniblemente, propiciando en la población una sensación de cambio y transformación constantes. Particularmente, el llamamiento a “poblar” los territorios “semivacíos” hecha por las elites argentinas a las naciones europeas favoreció un tráfico incesante de gente, proveniente en mayor medida de Italia y de España. Los números de la migración son elocuentes para imaginar el cambio constante que vivía la sociedad.

El *Primer Censo Nacional de Población*, ordenado por el presidente Sarmiento, se llevó a cabo en 1869, dando como resultado un país con 1.877.490 habitantes (incluidos quienes estaban luchando en la Guerra contra el Paraguay, los habitantes de los Territorios Nacionales estimados y 41.000 argentinos en el extranjero estimados). Los resultados del censo hablaban de 211.993 extranjeros en el país (12%), la mayoría de ellos en la provincia de Buenos Aires, duplicando la tasa de extranjeros de la siguiente provincia (Santa Fe). Así, Buenos Aires tenía 305 extranjeros por cada 1.000 habitantes -lo que alcanzaba la cifra de 151.241 extranjeros en la provincia- mientras Santa Fe tenía 156 extranjeros por cada 1.000 habitantes. Dentro de la población extranjera en Argentina, la comunidad más numerosa era la italiana, con 71.442 personas, seguida por la española con 34.080 y la francesa, con 32.383. En saldos acumulativos, en el período 1857-1860 habían ingresado al país 11.100 personas. En los diez años siguientes (1861-1870), 76.596 personas más. Entre 1871 y 1880, el saldo acumulativo de inmigrantes era de 172.816 y en el período 1881-1890, 810.493 personas¹. Por entonces, la ciudad de Buenos Aires presentaba una población de 187.126 personas, y casi la mitad de ellas eran extranjeras (49%). Quienes llegaban lo hacían a través del puerto de Buenos Aires, principalmente, y era en esta provincia y en la zona litoral donde la gran mayoría se quedaba.

Es interesante destacar que en la medición de 1869 se registraron dentro de la población argentina 39.774 mujeres más que hombres, y que para la población extranjera la tendencia era inversa. El mismo censo mostraba que entre los inmigrantes había 91.982 hombres más que mujeres, siendo fundamental este dato para imaginar el altísimo grado de cruzamientos ocurrido.

Pero si la década de 1880 estaría marcada por el crecimiento económico y por el aumento poblacional, también lo estaría por la paz política que "... permitió a la nueva administración emprender con señalado éxito la transformación de la inadecuada estructura institucional" (Gallo y Cortés Conde, 2005: 71). Así, debemos reseñar que la caída de Rosas en 1852 había abierto una serie de enfrentamientos entre los que le habían vencido, en los que la situación de autonomía de Buenos Aires y del destino de los impuestos que ésta recaudaba eran algunas de las causas de litigio principales. En lo que no había discusión (por lo menos hasta entrado el siglo XX) era en que Rosas había sido un dictador sanguinario, identificado con el salvajismo, la ruralidad y la barbarie de las que había que alejarse. La secesión de Buenos Aires que sucedió a la caída del dictador se dio por terminada en 1861, año en que la provincia juró la Constitución Nacional que el resto del país había aceptado en 1853. Pero allí no terminaron los problemas, ni mucho menos. La sucesión de levantamientos y guerras (internas y externas, donde fue especialmente relevante la Guerra del Paraguay o de la Triple Alianza que finalizó en 1869) y el clima de inestabilidad general continuaron casi ininterrumpidamente hasta el año

¹ De Marco, Rey Balmaceda y Sassone, 1994.

1880. En particular, fueron muy importantes las revoluciones de 1874 y de 1880 que dirigieron sucesivamente Bartolomé Mitre y Carlos Tejedor al desconocer los resultados electorales a la presidencia de la república que se habían realizado en aquellos años.

Sin embargo, en 1880 la historia pareció cambiar de rumbo. Ese año, y después de aplastar la revolución tejedorista, asumió la presidencia de la República el general Roca, aquel “conquistador del Desierto” que acabara con el “problema indígena” (escondiendo la sangrienta guerra que dejó a millares de indígenas muertos, disgregados o condenados) y trazara el mapa del territorio nacional. Tras la federalización de Buenos Aires dictada por el nuevo presidente se acababa el período de guerras constantes sucedido desde la caída de Rosas en 1852. Dice Cicerchia que “[e]n 1879 Julio Roca conquistaba el territorio indígena y al año siguiente era presidente. Su triunfo era el del Estado central. La Argentina se convertía al fin en nación. En ella iba a dominar el lema de «paz y administración» y la promesa implícita de mantener y cimentar la imbricación entre el mercado internacional y los sectores dominantes de la economía argentina. La nueva ingeniería política permite la expansión de la economía y la sociedad. El rápido desarrollo de las comunicaciones acelerará la marca de tendencias y modales propios de una sociedad con rasgos cada vez más capitalistas” (2001: 21-22).

De este modo, nuestro trabajo se centra en los años anteriores y posteriores a este momento crucial en la consolidación del aparato estatal argentino y del modelo económico que perduraría, y nos permite tomar perspectiva tanto de los cambios como de las permanencias. Ubicarnos en esta coyuntura de conflicto y rápida mutación nos parece interesante para estudiar las formas, procesos, conflictos y dinámicas de actuación de la población afroporteña, ya que pensamos que -como en cualquier sociedad- quedan más en evidencia. Pero además, nos ubica en un momento en que este segmento todavía era “visible”. Fue justamente este hecho (la visibilidad pasada y la invisibilidad actual) lo que nos llevó a hacernos las preguntas con las que iniciamos esta investigación: cómo fue el proceso de la subsiguiente invisibilización de la comunidad afrodescendiente; qué nos dice este proceso acerca de la construcción estatal-nacional argentina y cómo se vive/hace/rechaza/negocia esta construcción por parte de los implicados. Para acercarnos a estos problemas de investigación utilizamos algunos conceptos y seguimos algunas discusiones que asumimos a lo largo de la tesis, por lo que los resumiremos a continuación.

Comenzaremos por citar a Benedict Anderson y su conocida definición de la nación como

“...una unidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana. Es *imaginada* porque aun los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas (...) pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión (...) La nación se imagina como *limitada* porque incluso la mayor de ellas (...) tiene fronteras finitas (...) Se imagina *soberana* porque el concepto nació en una época en que la Ilustración y la Revolución estaban destruyendo la legitimidad del reino dinástico jerárquico (...) Por último, se imagina como *comunidad* porque,

independientemente de la desigualdad y la explotación que en efecto puedan prevalecer en cada caso, la nación se concibe siempre como un compañerismo profundo, horizontal” (1993: 25).

Como vemos, Anderson entiende la nación como un constructo social con características determinadas, que aúna las prácticas de comunalización (Brow, 1990) -o de formación de comunidades- con aquellas que promueven la representación colectiva (imaginarización). Sin embargo, Brow (1990), retomando la definición de Anderson, argumenta que éste pasa por alto que ningún ideal de comunidad puede ser construido sin un sentimiento de solidaridad concomitante. Es Renan en 1882 (1987) quien tempranamente nos advierte sobre este punto, ya que define a la nación como una gran solidaridad constituida por sentimientos de pasado y de futuro. Aún así, cuando define a la nación como un “plebiscito de todos los días” (1987: 83), enfoca al proceso desde el punto de vista asociativo (*Gesellschaft*) dejando de lado aquel sentimiento de pertenencia que, sin embargo, describe como un “principio espiritual” (1987: 82) cuya materialidad promueve lealtades y odios. Brow (1990) agrega que las relaciones comunales pueden contener dimensiones jerarquizadas e igualitarias. Por lo tanto, sugiere que la presunción de que la comunidad nacional implica una “camaradería profunda, horizontal” debería ser revisada a la luz de conceptos tales como el de “hegemonía”. En la misma línea, Alonso agrega que “[m]uchos nacionalismos usan tropos de parentesco que naturalizan las jerarquías de edad y género. Más aún, a través de la metáfora y la metonimia, los sentidos de los términos de parentesco se extienden y utilizan para construir relaciones verticales de raza y etnicidad, de Estado y de pueblo, de heterosexuales y homosexuales. Las formas nacionalistas de comunidad pueden poseer tanto dimensiones horizontales como verticales” (1994: 387).

Por otro lado, y siguiendo la definición de Anderson de la comunidad nacional, Brow (1990) sugiere que no es necesario hacer hincapié en que la comunidad nacional es imaginada, ya que ninguna comunidad puede existir sin un proceso de ficcionalización. Para Balibar, todas las comunidades que se reproducen mediante instituciones son imaginarias ya que descansan en la proyección del sujeto en un relato colectivo. Así, “... sólo las comunidades imaginarias son reales” (1991a: 145). Además, Brow (1990) expone que la limitación de la comunidad nacional de la que habla Anderson se aplica a otro tipo de comunidades, debido a que toda comunidad se define en oposición a otras. Por lo tanto, la comunalización sería un proceso de inclusión pero también de exclusión. Algunas de esas incorporaciones a la comunidad nacional son oscurecidas en la “homogeneidad”, mientras que las exclusiones son resaltadas fijando así sus límites, que como ésta son históricamente dinámicos.

Entonces, ¿qué diferencia a la comunalización nacional de otros tipos de comunidades? Según Balibar (1991a) es la idea de “pueblo” que permanece en el inconsciente colectivo la que permite a una comunidad reconocerse en una institución estatal que le precede y a la que ve como propia, frente a otras comunidades nacional-estatales. Aquí, Balibar avanza en la

condensación de dos conceptos que no están necesariamente unidos: el de Estado y el de nación. En este sentido, Gellner indica que "... las naciones, al igual que los estados, son una contingencia, no una necesidad universal (...) Por otra parte, naciones y estado no son una misma contingencia (...) No cabe duda de que el estado ha emergido sin ayuda de la nación" (1988: 19). En líneas generales, coincidimos con Balibar -que sigue a Braudel y a Wallerstein- en que la conformación nacional surge como construcción ideológica para sostener a un Estado burgués en formación y una estructura productiva que dividía al mundo (y divide hoy) en clases sociales y en centro-periferia: "Las unidades nacionales se crean a partir de la estructura global de la economía-mundo, en función del papel que desempeñan en ella en un periodo dado, empezando por el centro. Mejor aún: se crean unas contra otras como instrumentos rivales en el control del centro sobre la periferia" (1991a: 139). Sin embargo, no todos los pueblos se imaginan a sí mismos como soberanos, "... como libres de derecho de poderes internos o externos que puedan poner en duda su status independiente" (Briones, 1995: 37), aunque esta característica sí corresponde a aquellas comunidades que responden al imaginario nacional-estatal. Esto, prosigue Balibar, conduce al problema de la "producción del pueblo", ya que ninguna nación posee una base étnica o racial, o ninguna otra forma esencial homogénea que se busque para justificarla: "[e]n otras palabras: es producir el efecto de unidad mediante el cual el pueblo aparecerá a los ojos de todos "como un pueblo", es decir, como la base y el origen del poder político" (1991a: 146). El pueblo así producido (y autoproducido) inscribe sus luchas políticas como proyectos de transformación del Estado en que se reconocen. Este pueblo descrito por Balibar responde a una ideología nacional que, integrando elementos de sacralidad religiosa, apela a una "etnicidad ficticia" (1991a: 149). Aquí, como anteriormente, ficticia alude a "fabricada" y, por eso, a un constructo históricamente situado, real y constantemente en transformación. La ideología nacionalista conforma, entonces, al pueblo como una comunidad ficticiamente étnica y única, correspondiente a un Estado al que aparentemente precede y al que responden. De este modo, este pueblo no existe "naturalmente" pero, sobre todo, es un pueblo que sigue cruzado por diferencias jerárquicas y conflictos de clase, ya que la unidad nacional no elimina las desigualdades. Stolcke (2000) sugiere que fue la circunscripción del "pueblo" la tarea más problemática en la constitución del Estado moderno, por sobre los otros elementos constitutivos: el territorio y el gobierno. Así, los procesos de nacionalización y de ciudadanía -que de acuerdo con la autora son antitéticos y que hoy se encuentran homologados y naturalizados conjuntamente²- habrían vehiculizado esta limitación siendo,

² "[E]n el mundo moderno, poblado por individuos libres y formalmente iguales, la adscripción de origen de la nacionalidad, y por ende del goce de derechos civiles, políticos y sociales, es una evidente paradoja. En efecto, mientras que el liberalismo democrático estaba y está comprometido con la libertad y la igualdad de los individuos, de modo tal que los derechos jurídicos, políticos y morales de las personas trascienden los de la comunidad y el estado, la idea emancipadora de la ciudadanía nació limitada por

según lo entiende García Jordán (1998), la ciudadanía parte inextricable del proceso de “civilización” de determinados grupos al interior de un Estado. Por su parte, Quijada entiende que “...la necesidad de crear un “nosotros” colectivo inherente al concepto “cívico” de la nación en tanto comunidad territorializada, y política, institucional, legal, económica y educacionalmente unificada, dio génesis a la voluntad de “etnicización” de la *polity*” (1994: 18). El concepto utilizado por Quijada de “etnicización de la *polity*” puede entenderse conjuntamente con la propuesta de Balibar de la “etnicidad ficticia” para el pueblo nacionalizado resultante. La clave de ambos conceptos sería que el pueblo así creado debe ser la base y el origen del poder político (Balibar, 1991a y Quijada, 2000) y esto es lo que diferenciaría a la etnicidad nacional de otro tipo de etnicidad (que como toda etnicidad siempre sería “ficticia”).

Es, entonces, la noción de “pueblo soberano” la que distingue a la comunidad imaginada como una nación -que se reconoce en un Estado- de otro tipo de comunidades. La cuestión es cómo se produce la ideología nacionalista que sustenta la idea de “pueblo soberano” cuyo resultado es la etnicidad ficticia de una comunidad nacional. Balibar (1991a) cree que es a través de la concepción de unicidad de la lengua y de la raza -que operan mediante las instituciones escolar y familiar (complementarias aunque actúan de modos diferentes)- que se crea esta etnicidad. Con anterioridad Renan había revisado la construcción nacional sobre los parámetros de la raza, la lengua, la religión, la geografía y la comunidad de intereses, pero había llegado a la conclusión de que no eran suficientes (ya fuera porque no se podía confirmar la existencia de razas, ya porque la lengua no poseía valores diferenciales suficientes, etc.) y que debía existir algo más en juego. Esto es la solidaridad generalizada y el consentimiento, de los que hacíamos mención anteriormente. Sin embargo, surge una paradoja entre esta idea de unicidad (que implica igualdad) que trae aparejada la concepción nacional: la constatación de desigualdades al interior del Estado nacional, así como entre diferentes Estados-nación.

Habíamos dicho que al interior del Estado nacional se comprobaba la existencia de jerarquizaciones que no eran anuladas por la imagería de camaradería nacional. Según Alonso (1994) el nacionalismo sería en parte un efecto de los proyectos homogeneizantes de la formación estatal que producen la unión imaginaria de la comunidad política a través del territorio, el pueblo (o la “pueblitud”) y el Estado. Pero la formación estatal -continúa la autora- genera asimismo categorías de alteridad al interior de la comunidad política. Así, Alonso propone que la “etnicidad”³ es en parte efecto de los proyectos particularizantes de la formación estatal que producen formas jerarquizadas de imaginar al pueblo y que se asignan en grados diferenciales de estima social y de privilegios dentro de la comunidad política. Siguiendo a

leyes de nacionalidad excluyentes, que además se fueron “naturalizando” progresivamente a lo largo del siglo XIX” (Stolcke, 2000: 26).

³ Aquí la autora ya no está hablando de la “etnicidad ficticia” del pueblo nacional sino de la etnicidad que se produce al interior de las comunidades nacionales frente a la sociedad-pueblo mayor, que casualmente pierde su condición de “étnica”, como veremos en seguida.

Alonso, las representaciones nacionalistas del pasado naturalizan, idealizan y desparticularizan el pasado, las historias regionales y las memorias de los grupos subordinados para incorporarlos a la idea de pueblo nacional. Sin embargo, aquellos pasados que no pueden ser incorporados al relato nacional corren una suerte opuesta: son particularizados y privatizados, consignados a los márgenes de lo nacional y negados de voz en el espacio público. En el mismo sentido, B. Williams afirma que “[e]n la formación de las identidades construidas según las limitaciones impuestas por los nexos de la circunscripción territorial y la dominación cultural, las ideologías que llamamos nacionalismo y las identidades subnacionales subordinadas que llamamos etnicidad resultan de varios planes y programas de construcción de mitos de homogeneidad a partir de realidades heterogéneas que caracterizan a toda construcción nacional” (1989: 429). De este modo, Briones (1998), Alonso (1994) y Williams (1989) sostienen que cuanto más efectiva es la actuación de la marcación étnica de “otros internos” en el Estado nacional se hace más efectivo el ocultamiento o la invisibilidad de la identidad nacional, es decir, la etnicidad del sector culturalmente hegemónico. Balibar también abona esta tesis, diciendo que “... la identidad racial y cultural de los “verdaderos nacionales” permanece invisible, pero, por el contrario se impregna (y se afirma) con la visibilidad pretendida, casi alucinatoria, de los “falsos nacionales”...” (1991b: 97). Así, “... la marcación (o eventual desmarcación) de ciertos contingentes como “otros internos” se ha vinculado con prácticas históricamente sedimentadas de asignación de privilegios materiales y simbólicos. Aquí, el «ser diferente» siempre se fue inscribiendo desde y contra una hegemonía que, al circunscribir lo «particular» y recrear estándares de distintividad legítima, inscribía como «universal» la norma silenciosa que acababa dirimiendo jerarquías entre colectivos étnica o racialmente marcados” (Briones, 2001: 2). La producción y reproducción de alteridades al interior de los Estados-Nación también se debe entender en cuanto la producción y reproducción de desigualdades internas, en una gradación cuyos puntos límites serían, según B. Williams, los “inapropiados inaceptables” hasta los “subordinados tolerables” (en Briones, 2005: 33).

Seguimos a Briones cuando explica que las construcciones de alteridad interna al Estado nación -siempre asimétricas- se basan las percepciones de supuestas diferencias de la naturaleza y diferencias de las culturas, promoviendo así dos tipos distintos de alteridades: la *raza* y la *eticidad*. Las distinciones según la raza o la etnicidad son “... *construcciones sociohistóricas* (...) que van inscribiendo horizontes de significado que avalan políticas de exclusión con dinámicas distintas, especialmente porque las marcaciones fenotípicas de memberships grupales son mucho más estigmatizantes que las marcaciones étnicas y, por lo general, dan lugar a jerarquías sociales mucho más rígidas” (2002: 4). El análisis de estas prácticas distintas de marcación y desmarcación de la alteridad en forma de raza o de etnicidad también nos permite ver las dinámicas de construcción de identidades sociales. Así, “... lo que a menudo existe en las realidades que nos toca analizar son procesos de alterización que, imbricando criterios, van

desagregando históricamente *otros internos* dentro de formaciones sociales dadas, a través de prácticas que llamaremos de *eticización* y de *racialización*” (Briones, 2002: 4). Los conceptos de “racialización” y de “eticización” remiten a procesos y prácticas de marcación de corte diferente: el primero “... niega conceptualmente la posibilidad de ósmosis a través de las fronteras sociales, y censuran en la práctica todo intento de borrar y traspasar tales fronteras (...) [que] descartan la opción de que la diferencia/marca se diluya completamente, ya por miscegenación, ya por homogenización cultural, en una comunidad política envolvente que -de manera simultánea aunque a menudo implícita- se racializa por contraste” (Briones, 2002: 5). Etnicización es, en cambio, un concepto que remite a la circunscripción analítica de formas de marcación de alteridad basadas en “diferencias culturales” pero que permiten la posibilidad de pase u ósmosis (Briones, 2002).

La utilización de los conceptos de racialización y de etnicización evita el uso de aquellos esencialistas de “grupos étnicos” o “etnias” y de “grupos raciales” o “razas” (Briones, 2005, 17 nota 4), aunque esto no impide que al interior de los Estados nacionales sí se utilicen ciertas marcas específicas en la identificación de los “otros internos” (Briones, 2005). Así, al intentar rastrear las dinámicas de racialización y de etnicización ya no se intenta congelar, aislar a los grupos sociales y ubicarlos en las categorías de “raza” o de “etnia”. Por el contrario, la finalidad del análisis pasa a ser la de indagar sobre estos procesos de alterización y los conflictos que generan, que van marcando en su desarrollo caminos particulares. Por eso Foster (1991), retomando y completando la frase de Anderson, explica que “lo que distingue a la nación de otras comunidades (...) es el “estilo” en que se imagina, un estilo que requiere para su realización una variedad de prácticas y representaciones colectivas que condicionen la conceptualización espacio-temporal de la comunidad como *polity* [Estado/organización política]” (1991: 239).

De este modo, coincidimos con Briones en que “[e]l reconocimiento de que las distinciones étnicas y raciales han sido mantenidas, desarrolladas y refinadas en la expansión global de estructuras de desigualdad mayormente basadas en ordenamientos de clase no nos exime de analizar los medios *sui generis* que esas estructuras han ido proveyendo para generar formas diferenciadas de explotación de distintos sectores de una fuerza de trabajo complejamente fracturada” (1998: 151), y agregaríamos, formas diferenciadas de concebirse grupalmente, de autoidentificarse. En el nivel del Estado nacional, Briones acota que “... aunque toda nación-como-estado reproduce desigualdades internas -y renueva consensos en torno a ellas- tematizando ciertas diferencias e invisibilizando otras, cada una lo hace instrumentando una economía política de la diversidad que selectivamente etniciza y/o racializa «otros internos» de formas que varían de caso a caso. Han sido entonces las características tomadas por las distintas formaciones nacionales e ideologías nacionalistas las que han ido fijando los términos prevalentes de interrelación entre distintos tipos de «otros» y «con-

nacionales»” (2001: 2). En esta “economía política de la diversidad” las múltiples adscripciones identitarias -que a su vez varían a lo largo del tiempo- generan dinámicas diferentes que “... imbricando distintos «tipos» de diferencias sociológicas (de género, etarias, raciales, étnicas, de clase, cívicas, religiosas, etc.), inscriben subjetividades múltiples. (...) [Por otro lado] toda formación tiende a regularizar tal dispersión articulando y jerarquizando puntos nodales en base a los cuales suturar el espacio social como «sociedad». Es por tanto la tensión que se genera entre propuestas de sutura diversas, entre vectores de normalización y de dispersión, lo que lleva a (re)politizar racializaciones y etnicizaciones más o menos encubiertas que, en el proceso, pueden ir agudizando o morigerando su conflictividad” (Briones, 1998: 255). Por todo ello, para Briones el “... juego históricamente sedimentado de marcas va entramando *formaciones nacionales de alteridad* cuyas regularidades y particularidades resultan de -y evidencian- complejas articulaciones entre sistemas económicos, estructuras sociales, instituciones jurídico-políticas y aparatos ideológicos prevalecientes en los respectivos países” (2005: 19). De este modo, la autora sostiene que “... tales formaciones no sólo producen categorías y criterios de identificación/clasificación y pertenencia, sino que -administrando jerarquizaciones socioculturales- regulan condiciones de existencia diferenciales para los distintos tipos de otros internos que se reconocen como formando parte histórica o reciente de la sociedad sobre la cual un determinado Estado-Nación extiende su soberanía. Así, aún cuando tales contingentes son contruidos como parcialmente segregados y segregables en base a características supuestamente «propias» que portarían valencias bio-morales concretas de «autenticidad», los mismos van quedando siempre definidos por una triangulación que los especifica entre sí y los (re) posiciona *vis-à-vis* con el «ser nacional»” (2005: 20).

Creemos que estos planteamientos abren muchas posibilidades al análisis de la construcción del Estado nacional y a la interpretación de la organización de la diferencia en su interior, permitiendo abordar las múltiples dinámicas de prácticas y discursos que cada grupo subalterno puede haber adoptado en consonancia con formas de negociación/resistencia/adaptación a las políticas hegemónicas pero relacionadas con un contexto e historia particular. Específicamente, en nuestro caso sostenemos que la formación nacional de alteridad argentina debe ser pensada en relación con su particular noción de blanqueamiento, que llevó a la des-marcación del colectivo de afrodescendientes y a su asimilación a la blanquitud nacional. Y lo que nos proponemos aquí es analizar este proceso, centrándonos en la comunidad de afrodescendientes que vivían en la ciudad de Buenos Aires en el período consignado de 1873-1882, a la que consideramos como comunidad subalterna (desposeída de medios de producción, estigmatizada por su color de piel, sus tradiciones y su pasado de esclavitud y en relación de dependencia económica, disciplinamiento moral y control social con los grupos hegemónicos).

En general, los estudios sobre afroargentinos suelen partir de la idea de que los afroargentinos desaparecieron porque no eran importantes, ni en número, ni en aportes, etc., y se trata de rebuscar qué habrían “dejado”, cual expedición arqueológica o paleoantropológica (no es casual el reiterado uso de la palabra “extinción”⁴ para referirse a los afroargentinos). Por el contrario, nosotros partimos de la idea de que desaparecieron porque eran fundamentales, tanto como desaparece del “blanco” la idea de que es un color y no un no-color. Su importancia era tal que sirvieron de marco para la “negritud” de las clases obreras, del mundo popular o de la plebe, como así también de la música que caracterizaría a la Argentina, del sentido del humor, de la danza, etc., etc.

De este modo, la *hipótesis general* que guía nuestra investigación sostiene que la población afrodescendiente de Buenos Aires fue de altísima importancia para la obtención del territorio argentino, para la administración y el sostén político del mismo y para la formación de una “cultura popular” y por ende de un “pueblo” que sirviera de base a la nación en construcción, marcando una particular manera de inclusión en la formación nacional de alteridad argentina. Esta importancia habría dado a los miembros de la comunidad no sólo la posibilidad de investirse como ciudadanos argentinos en toda regla, sino también el espacio para pensar en su propia situación (como ciudadanos soberanos, como seres “raciales”, como mundo popular, como “obreros”) y para actuar en consecuencia y con cierto grado de poder de negociación con los grupos hegemónicos. Por esto mismo, creemos que la comunidad afroporteña fue un grupo fundamental en el “bloque social” histórico nacional (Hall, 1985: 21) que dio lugar a la consolidación del Estado-nación argentino, ya que se asoció con los grupos de poder para que éstos se perpetuaran allí, sirviendo asimismo de base política y cultural para que las élites dispusieran una serie de mecanismos de disciplinamiento y control social muy efectivos y que, simultáneamente, fueron delimitando el mundo popular con el que se relacionaban, en el que los afroporteños eran protagonistas destacados. Como *hipótesis secundarias*, pues, sostenemos que fue la seria implicación en la esfera política de los afroporteños -que permitió vehiculizar un espíritu crítico muy notable- la que posibilitó dicha alianza y la conformación de la “pueblitud” argentina. Esa pueblitud habría estado marcada por el abono a la dicotomía civilización/barbarie, quedando los afroporteños asentados dentro del mundo civilizado pero popular y distanciándose de las poblaciones indígenas que quedaban claramente marcadas como pertenecientes al mundo bárbaro. Para que esto fuera así, sostenemos que en la comunidad afroporteña existían ciertos personajes con un altísimo nivel de prestigio (adquirido gracias a su importancia militar y política) y que se conformaron en intelectuales subalternos. Estos intelectuales afroporteños habrían guiado a su comunidad por la senda del “progreso” y de la civilización, y por lo tanto de la blanquitud argentina según se

⁴ Por ejemplo, en el año 2000, el número 393 de la revista de divulgación científica *Todo es Historia* dedicado a los afroargentinos llevaba por título “Los esclavos negros. ¿Por qué se extinguieron?”.

estaba construyendo, donde el papel de la nueva forma de identificación de “clase obrera” no sería menor. Sin embargo, la situación de “pasaje” que se estaba dando de la comunidad afroporteña marcada a la de comunidad blanca-argentina-popular, la inestabilidad económica, social y política y la marginalidad y discriminación en que vivían los afroporteños provocaban una multiplicación de conflictos, fundamentales de analizar.

Por eso, nos hemos fijado los siguientes *objetivos*: 1- Identificar los discursos hegemónicos con los que los afroporteños dialogaban en relación con su desaparición y su “popularización”; 2- Identificar y analizar la labor de los intelectuales subalternos afroporteños y su ámbito de actuación; 3- Describir, delimitar y estudiar a la “comunidad afroporteña”, objeto de nuestra investigación; 4- Analizar los conflictos que la surcaban como forma de acercamiento a su dinámica (que creemos particular) para 5- Observar cómo esta comunidad puso en juego múltiples recursos de diálogo, lucha y negociación entre sí y con los grupos hegemónicos, que la llevaron a realizar una profunda y crítica reflexión acerca de su situación, y relacionar estos movimientos con la formación de alteridad argentina y la “blanquitud” de la nación.

Para llevar a cabo estos objetivos y poder comprobar nuestras hipótesis de trabajo, utilizaremos como fuente básica de la investigación los periódicos que fueron dejados por la comunidad afroporteña en el período bajo estudio. Éstos son *La Broma, La Juventud, La Perla, La Luz, La Igualdad, El Aspirante y El Unionista*. Justamente, el hecho de que tomemos como base del trabajo los escritos de los propios afrodescendientes que circulaban por la contra esfera pública subalterna (Fraser, 1992) afroporteña le otorga una particularidad especial a esta investigación, ya que esto no se ha hecho hasta el presente. Nuestra intención de “poner en diálogo” los testimonios dejados por los afroporteños acerca de sus vidas cotidianas, conflictos, alegrías y aspiraciones, con los discursos y políticas oficiales abre nuevas vías de interpretación histórica a la construcción del Estado nacional argentino. Por eso, la *metodología* que utilizamos es cualitativa, basada en el análisis de dichos testimonios, a los que no consideramos en ningún caso la “voz” sin más del subalterno sino que los entendemos mediados por intenciones, poderes y objetivos específicos que deben ser analizados de manera contextualizada, pero que obligan a un cambio de punto de mira por parte del investigador. Lo que haremos será generar una interpretación contextuada de un proceso histórico pero desde la perspectiva subalterna, una perspectiva que será construida a través del análisis de los periódicos afroporteños por una investigadora porteña, que reside en Barcelona, de clase media, nieta de inmigrantes (judíos e italianos), de piel muy blanca y a la que su abuela cariñosamente llama “negrita”.

La corriente denominada de “estudios subalternos” retoma diferentes disciplinas sociales y humanas para construir su marco teórico, dentro de la teoría de la crítica poscolonialista. Desde la disciplina histórica, la revista *Subaltern Studies*, fundada en la India por Ranajit Guha en 1982, marcó una nueva perspectiva en la forma de hacer y escribir historia

poscolonial y colonial. Durante su desarrollo, los investigadores de los estudios subalternos indios tuvieron como elementos teóricos principales los conceptos de subalternidad y hegemonía (cuyas acepciones y usos fueron variando), y, según Prakash (1994) un objetivo inmodificado hasta ahora: el esfuerzo de repensar la historia desde la perspectiva subalterna. Para el autor, el proyecto de restaurar la agencia al insurgente implicaba la noción de recobrar al sujeto. Así, los investigadores buscaron descubrir los mitos, cultos, ideologías y revueltas subalternas durante los períodos coloniales y nacionales.

La línea de estudios subalternos se extendió a África y a Latinoamérica desde el sur de Asia. Según Mallon (1994), en varios subcampos de la historiografía latinoamericanista habían comenzado a surgir discusiones acerca de la política, la etnicidad y el Estado, con un marco geográfico y temporal que abarcaba desde los períodos coloniales tempranos hasta el siglo XX. En estas discusiones, los historiadores habían mostrado que todas las comunidades subalternas estaban diferenciadas internamente y en conflicto, y que los grupos subalternos forjaban la unidad política o el consenso de formas contingentes y “dolorosas”. Así, la complicidad, la adaptación, la colaboración y la resistencia constituyeron temas de estudio de los historiadores americanistas desde mediados de la década de 1980. Muchos de estos trabajos exploraban las contradicciones en las relaciones de poder y en las alianzas formadas entre los oprimidos, buscando las estrategias internas conflictivas de los grupos subalternos para hacer frente a los problemas.

Sin embargo, los estudios subalternos se enfrentaron con varios e importantes problemas teóricos y metodológicos. El que nos parece más relevante para nuestro trabajo es aquel que surge cuando la investigación “desciende” a los niveles individuales y se toman en cuenta las relaciones de poder locales: en ese momento la solidaridad y la unidad de la presencia subalterna comienza a deshacerse. De este modo, sin unidad, si la comunidad subalterna se encuentra oprimida y silenciada también por parte de su propia comunidad y si existe siempre un sustrato de coerción (por ejemplo, la coerción sufridas por las mujeres subalternas por parte de los hombres subalternos), la esperanza por construir una historia integrada por las miradas de los dominadores y de los dominados se pierde y diluye.

La historia subalterna duda, además, de la necesidad del archivo para realizar historia. Nosotros coincidimos con Mallon (1994) en que el trabajo de archivo es ineludible si se pretende hacer historia. La autora piensa -y nosotros con ella- que el archivo provee de pistas únicas sobre las relaciones de poder, sobre la moral y la filosofía de los hombres y de las mujeres que los produjeron, y que no se puede entender el pasado sin él. El archivo y el campo son arenas construidas, en los que las luchas de poder ayudan a definir y a oscurecer la información a la que se accede. Y esas mismas luchas de poder son información válida a tener en cuenta a la hora de hacer investigaciones. Asimismo, si por un lado se hace claro que no existe una identidad subalterna pura y transparente -ya que como todas las personas, los sujetos

subalternos son a la vez dominadores y dominados, según las circunstancias en las que se encuentren- a su vez, la complicidad y la jerarquía no imposibilitan que se cree una unidad o incluso una solidaridad, aunque sea parcial y contingente. Estas líneas de alianza y confrontación -siempre cambiantes- no se deducen de una identidad subalterna existente, sino que se construyen histórica y políticamente en la lucha y en el discurso. Mallon (1994) propone, de este modo, utilizar las técnicas analíticas discursivas/textuales/lingüísticas para analizar las prácticas/debates/discursos subalternos como arenas de disputa construidas sobre las luchas de poder.

En nuestro caso particular, consideramos de importancia este modo de acercamiento para poder acceder a las narrativas de la población afroargentina de Buenos Aires y a sus dinámicas, para concretar un análisis que debe tener mayor poder explicativo que el mero hecho de “dar voz”. Es que las voces subalternas en el espacio público no eran un reflejo de los sujetos subalternos como una totalidad accesible, sino que estaban dirigidas a conseguir ciertos fines. Y es en estos objetivos contextuales donde se pueden descubrir las disputas de poder, las formas, las estrategias y los discursos en interacción, y donde se dejan analizar. Un acercamiento de este tipo que da frutos imprescindibles para la historiografía y para la antropología no debe dejarse de lado, ya que si bien se pueden enriquecer por aproximaciones posmodernas no deben ser sustituidas por éstas. En este sentido, Briones (1996) muestra cómo los esposos Comaroff han sentado las bases de lo que ellos dieron en llamar una “etnografía histórica neomoderna”. Su propuesta se basa en la idea de que tanto la etnografía como la historia intentan “hacer inteligibles actos, vidas y representaciones idiosincrásicas en el marco de contextos que están histórica y culturalmente determinados” (Briones, 1996: 125). Así, para hacer etnografía o historia se necesita tanto de la imaginación histórica como de la comprensión de la mirada etnográfica. Este proceso no tiene por objetivo hablar por los otros ni traducir literalmente sus prácticas y discursos, sino comprender desde un presente construido histórica y culturalmente, contextos pasados histórica y culturalmente situados. Es que la etnografía permite observar la actividad y la interacción de los modos de control, de los silencios, de los desafíos y de las adaptaciones, recurriendo a diversos tipos de fuentes, que pueden ser voces, libros, cuerpos o ciudades. Pero esas fuentes o textos deben ser contextualizados y valorados por sus expresiones de poder y de sentido. Y esos contextos deben también ser construidos analíticamente, asumiendo nuestros propios supuestos como investigadores. El espíritu inquisitivo de la etnografía va más allá del ojo empírico para posarse en la acción subjetiva y culturalmente configurada, y es en este sentido que los Comaroff proponen que es posible hacer etnografía en el archivo. Para hacerlo, la mirada del investigador debe posicionarse en procesos y prácticas de significación, más que en sucesos determinados o en “eventos”. John y Jean Comaroff (1992) insisten en que para la historiografía y para la etnografía, el desafío analítico se encuentra en las relaciones entre partes y totalidades, y ese análisis se debe llevar a cabo interrogando las

construcciones por la que los silencios se llenan, por la que narrativas separadas se unen en narrativas maestras. En definitiva, interrogando a la imaginación histórica culturalmente desarrollada. La antropología histórica neomoderna propone trabajar creativamente en las fronteras de la etnografía y de la imaginación histórica sin por eso perder la originalidad y ambigüedad de los distintos “mundos humanos”, propone “explorar los procesos que hacen y transforman mundos particulares, procesos que recíprocamente dan forma a los sujetos y a los contextos, que permiten que ciertas cosas se digan y hagan” (Comaroff J. y J., 1992: 31). Es decir, acercarnos a prácticas significativas producidas en el interjuego del sujeto y el objeto, de lo contingente y de lo contextual, que pueden ser rastreadas incluso en procesos históricos globales. Es importante destacar que los sujetos subalternos no se suponen como simples resistentes o adaptantes o los procesos de incorporación hegemónica, sino que representan (incluso en la dominación de sus cuerpos) “todas las complejidades -indeterminaciones, motivaciones múltiples, contradicciones- del proceso [histórico] mismo” (Briones, 1996: 127). Lo que distingue a los Comaroff de los posicionamientos netamente posmodernos es su creencia en que el mundo es estudiable, cognoscible, en tanto resultado de procesos históricos y culturales (Briones, 1996). Y nosotros creemos que sin esta premisa fundante, la historia y la antropología perderían su razón de ser.

Del trabajo de archivo, del posicionamiento de la mirada en las voces subalternas contextualizadas y de la incorporación de sus conflictos, del análisis de las fuentes del pasado, de la imaginación histórica pero también de la mirada etnográfica “teóricamente informada” (Briones, 1996: 125), pretendemos construir una investigación acerca de los hombres y de las mujeres afrodescendientes. Como expusimos, no intentaremos “hablar por el nativo” ya que esta tarea sería imposible, aunque sí “sobre el nativo” (Briones, 1996: 125), aspirando a comprender, entender a partir de los discursos, de las negociaciones, de las fiestas, de las tradiciones, de las peleas, etc., las dinámicas de un grupo marginado, marcado por su cuerpo y por sus prácticas, y que se intentaba borrar y homogeneizar al no color (el blanco) de la Nación Argentina. Para ello, y como sugiere Thurner (1997), es imprescindible poner en contexto relacional el discurso subalterno con el hegemónico, entendiendo los macro y los micro procesos que condicionaban esa relación para poder ganar perspectiva.

Tal vez sea útil en esta instancia traer a colación la propuesta que Carlo Ginzburg (2004) realizara en la década de 1970 sobre la actuación del paradigma indiciario en la historia. En ese texto, Ginzburg mostraba cómo en el quehacer del investigador detectivesco o de un médico, huellas ínfimas (síntomas) permiten aprehender una realidad intangible, oculta, haciendo de la científicidad deductivista algo no imprescindible para el análisis: “si la realidad es opaca, existen ciertos puntos privilegiados -señales, indicios- que nos permiten descifrarla” (2004: 111). Si bien esto no es un planteo novedoso hoy día, especialmente en ciencias tales como la historia o la antropología social, todavía sirven sus argumentos para tratar de entrever y

de construir una narración donde actores sociales ocultos a la memoria social puedan volver a visibilizarse, evidentemente siempre a través del discurso interpretativo del investigador. Para poder guiarse por estas huellas o indicios, el investigador debe tener en mente que las relaciones de poder son parte inextricables de las fuentes con las que trabaja, y este factor juega un papel decisivo en la interpretación de la información que se obtiene de las mismas. Siguiendo a Ginzburg, es lícito preguntarse “¿Cómo se transmiten, efectivamente, decisiones que involucran el destino de millares y a veces de millones de personas?, ¿y cómo son introyectadas esas mismas decisiones, y cómo actúan sobre los individuos o sobre los grupos sociales?” (2004: 127). Para el autor, esto sólo se percibe a nivel microhistórico, y va más allá de la mera enunciación de la microcapilaridad del poder foucaultiana.

En nuestro caso, proponemos que es posible buscar las huellas -los indicios- de lo que vivían, sentían o imaginaban algunos de los cientos de hombres y mujeres afroargentinos que estaban siendo disciplinados como ciudadanos, ubicados en el “mundo popular” y erosionados como afrodescendientes del imaginario nacional que también construían. A través de esos mismos periódicos que trabajamos encontramos rastros que es preciso detectar, ordenar e interpretar, para proponer una “narración crítica” (Cicerchia, 2001: 201) acerca de ciertas prácticas afroporteñas del siglo XIX. Si la historia subalterna abre un campo de estudio nuevo y fascinante y nos permite preguntarnos acerca de la homogeneidad al interior de los grupos subalternos, y si el análisis discursivo de las fuentes nos permite estudiar los procesos sociales de hegemonía y de resistencia y negociación que se estaban llevando a cabo, la etnografía histórica nos posibilita encontrar y aislar esos indicios, poniendo en interjuego los discursos y prácticas hegemónicas y subalternas contextualizadamente con una comprensión que se nutre en la mirada etnográfica y en la imaginación histórica que sabemos culturalmente modelada. Por lo tanto, y como indica Cicerchia, los fragmentos que analizaremos aquí, fragmentos de “historia etnográfica”, permiten desarrollar interpretaciones posibles de los sentidos que estos hombres y mujeres otorgaban a su experiencia (2001: 201).

En definitiva, nos proponemos realizar un estudio de antropología histórica, o de historia antropológica, que a nuestro juicio es lo mismo. En esta perspectiva interdisciplinaria creemos reside gran parte de la posibilidad de análisis del material tan particular con el que contamos. No es casualidad que tomemos esta posición: nuestra historia académica así lo marca. Habiéndonos licenciado en Antropología Social en la Universidad de Buenos Aires y aspirando al título de Doctorado en Historia en la Universitat de Barcelona, creemos que estas bazas eran irregables en la mirada y en las preguntas hechas al material trabajado.

Y para llevar adelante nuestra investigación hemos *estructurado la tesis* dividiéndola en tres partes o secciones, de la siguiente manera:

En la primera parte hacemos una contextualización general, tanto de cómo se entendía a los afroporteños desde los grupos de poder en el momento que trabajamos como de las fuentes

con las que abordamos a la comunidad que es objeto de nuestro estudio. Por eso, incluimos en esta sección dos capítulos. En el capítulo 1 analizamos una serie de textos literarios y discursos dejados por algunos de los “prohombres” de la nación y por miembros de las elites ilustradas, siempre en relación con la visión que estos importantes personajes iban tejiendo acerca de la comunidad afroporteña. Asimismo, repasamos las cifras oficiales que iban destacando la famosa desaparición y otorgándole estatus de realidad. Es decir, en este capítulo nos centramos en los discursos hegemónicos con los que los afroporteños debían dialogar y en cómo desde el análisis de ciertos procesos comunes se puede comenzar a entender la construcción de alteridad que recayó sobre ellos, distinta al todo por el todo de la que vivieron los pueblos indígenas. Una vez establecidos los grandes lineamientos del discurso hegemónico, en el capítulo 2 nos centramos en las fuentes con las que trabajamos en la mayor parte de la tesis, las publicaciones periódicas afroporteñas. Así, las situamos en su contexto de producción, importancia y circulación, para luego describirlas pormenorizadamente y efectuar la “crítica de fuentes” necesaria para explicitar las limitaciones propias de esta investigación. Una vez hecho esto, nos abocamos a la definición de las figuras claves para este trabajo: los intelectuales subalternos (Feierman, 1990) afroporteños. De este modo, la investigación pasa a centrarse ya en el análisis de los periódicos en cuestión que nos permite, en este caso, ver el poder que detentaban los intelectuales subalternos sobre su comunidad (poder de control y disciplinamiento) gracias a las herramientas periodísticas que manejaban, y también cómo éste podía ser utilizado en beneficio de su grupo, sustentando negociaciones directas con el Estado y con los miembros de las elites locales.

La segunda parte del trabajo está dirigida a realizar una suerte de etnografía histórica de la comunidad afroporteña, siempre a través de los indicios dejados por sus periódicos. Así, en capítulo 3 circunscribimos a la comunidad y perfilamos sus principales lineamientos de reconocimiento. En el cuarto profundizamos en las formas en que su vida cotidiana transcurría y cambiaba, su sociabilidad, su desarrollo en las artes y sus vivencias en momentos cruciales como el carnaval. En el quinto capítulo exploramos la relación entre hombres y mujeres afroporteños y entre ambos y los inmigrantes. En general, a través de esta sección de la investigación comenzamos a vislumbrar cómo el “mundo popular” pasaba a perfilarse como un sitio de identificaciones en el que las elites ubicaban a la comunidad y en el que los afroporteños empezaban a moverse con soltura, convirtiéndose en protagonistas indiscutibles del mismo.

Por último, en la tercera parte del trabajo -la más extensa- nos abocamos a los conflictos que esta comunidad debía sortear en el contexto del decreto de su desaparición, abordando sus enfrentamientos intracomunitarios y sus pugnas intercomunitarias. Así, en el capítulo 6 estudiamos las reiteradas formas de discriminación que vivían los afroporteños y el olvido que se imponía sobre una “raza” cuyo mismo concepto mutaba. En el capítulo 7 nos acercamos al mundo del trabajo, un campo de identificación y lucha que se hacía cada vez más importante en el cotidiano afroporteño. En el capítulo octavo observamos cómo los afroporteños pensaban,

discutían y reflexionaban acerca de los movimientos a seguir en cuanto a su implicación en la nación que se estaba construyendo, a través de un ejemplo específico: la fundación de una escuela segregada. Pasamos luego, en el capítulo noveno, a ahondar en el “problema de la unión” de la comunidad y en sus enfrentamientos intracomunitarios para, finalmente, introducirnos en la esfera política en el capítulo 10, que marca un punto de inflexión para repensar la inserción de los afroporteños en la argentinidad. De este modo, la tercera parte del trabajo servirá para comprender el modo en que, pensamos, la comunidad afroporteña se vio envuelta en su propia desaparición, bajo un proceso reflexivo muy importante, siendo de especial relevancia su participación en la esfera política que habría encaminado y dado forma a que esta comunidad protagonizara una recategorización de alteridad propia de la Argentina, que construyó su blanquitud incluyéndolos de un modo muy determinado.

Como bien indica Michel de Certeau (2000: 51), pese a la creencia de la página en blanco, siempre escribimos sobre lo escrito. Es así que en ningún caso pretendemos escribir sobre el vacío. Por el contrario, intentamos unir vastas informaciones que muchos investigadores han proporcionado a lo largo de los años, a partir de la profundización del análisis de una fuente mayormente inexplorada, cuya riqueza inigualable estriba en que estuvo escrita -y tuvo la vocación de ser conservada- por los propios individuos que son objeto de nuestro estudio. Pensamos que, a pesar de que la tesis dialoga constantemente -aunque no se mencione constantemente- con obras tan fundamentales como la de George Reid Andrews (1989) y muchas de las “puntas” de las que aquí tiramos fueron esbozadas primeramente por este historiador, su originalidad reside en el análisis en profundidad de los textos afroporteños y en su esfuerzo por contextualizarlos para “imaginar” a la comunidad afroporteña en sus luchas; asimismo, diferencia este trabajo de los que mayormente se realizan sobre afroargentinos que nos preguntamos por la formación de alteridad nacional argentina sin presuponer en ningún caso la “realidad” de la raza ni su perceptibilidad. De hecho, debemos aclarar -siguiendo entre otros a Wade (1993)- que no consideramos que puedan existir “realidades raciales” (aunque citaremos trabajos que la asumen), ya que esta definición implicaría una presuposición de naturaleza (a la que consideramos socialmente construida) a la percepción fenotípica de diferencias particulares entendidas como significativas, algo que es un producto histórico de una coyuntura mundial particular. Lo que sí pensamos es que relevar y percibir determinados “rasgos” (no existentes por sí mismos) es un proceso que tomó diversas formas según los distintos desarrollos históricos particulares (Briones, 2005), coordinados con formas particulares de construir y de pensar otras categorizaciones, como la de nación.

En este momento, me voy a tomar la licencia de cambiar la persona y número de la narrativa y voy a pasar a hablar en primera persona del singular. Esto lo hago porque quiero agradecer personal y cercanamente a las numerosas personas e instituciones que se vieron implicadas en mayor o menor medida en el desarrollo de este trabajo.

En primer lugar, esta tesis no hubiera sido posible sin el apoyo de la Generalitat de Catalunya, a través de la Agència de Gestió d'Ajuts Universitaris i de Recerca (AGAUR), que me otorgó una beca de formación de personal investigador (FI) de cuatro años de duración y que comenzó en el año 2004 (2004FI 00478). Asimismo, el Departamento de Antropología Cultural y de Historia de América y de África de la Universitat de Barcelona fue un espacio que me recibió abiertamente. Primero como estudiante del doctorado “Recuperación de la memoria. América Latina” de la Sección de Historia de América y de África, y luego como becaria, permitiéndome no sólo el establecimiento de un “puesto de trabajo” sino dándome acceso a sus múltiples instalaciones y el aval necesario de sus directivos para los sucesivos requerimientos que les hice. De este modo, agradezco el apoyo brindado por el director del departamento, el Dr. Joan Bestard Camps y por su secretario, el Dr. Javier Laviña, así como el del personal administrativo siempre dispuesto a ayudar, como lo estuvieron Pilar y Fina. Por otro lado, ambas instituciones fueron de fundamental importancia para poder realizar tanto los viajes de campo como los de divulgación de la investigación. En el primer caso, la AGAUR me otorgó cuatro becas de viaje para estancias de investigación fuera de Cataluña (2007 BE1 00090; 2006BE 00145; 2005BE 00200 y 2004BV 00072) sin las cuales esta tesis hubiera sido imposible, ya que me permitieron la visita de archivos y bibliotecas y la recogida del material sobre el que este trabajo se sustenta, así como la realización de entrevistas varias a científicos locales y a afrodescendientes porteños y montevideanos. En el segundo caso, la Oficina de Recerca de la Facultat de Geografia i Història de la Universitat de Barcelona me otorgó cuatro bolsas de viaje para la participación en Jornadas y Congresos, que me permitieron asistir en el año 2004 al *IX Congreso Internacional del Centro de Estudios de Literaturas y Civilizaciones del Río de la Plata (CELCIRP)*, llevado a cabo en la Universidad de Alicante; en el 2005 al *American Anthropological Association (AAA) 104th Annual Meeting: Bringing the Past into the Present*, en la ciudad de Washington D.C., Estados Unidos; en el 2006 al *VIII CAAS, Congreso Argentino de Antropología Social*, Salta, Argentina y en el 2007 a las *XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, en Tucumán, Argentina.

Estoy en deuda también con la Unión Europea, que me concedió una beca para estudiantes de Tercer Ciclo (EU Grant), para la asistencia al *8th Biennial EASA Conference*, Congreso de la Asociación Europea de Antropología Social en Viena en el año 2004 y con el Comité Organizador del 52º ICA, que me permitió participar con una beca completa del 52º *International Congress of Americanists*, realizado en Sevilla en el año 2006.

Así como hubo instituciones que me dieron su apoyo financiero, hubo otras que me recibieron y que permitieron en la misma medida que este trabajo se pudiera llevar a cabo. Por eso quiero agradecer particularmente al personal de la Sala del Tesoro de la Biblioteca Nacional Argentina -especialmente a las señoras María Etchepareborda, Laura Rosato y Graciela- y también al personal de la Sala de Publicaciones Periódicas Antiguas, de la Hemeroteca y de la

Sección General, que siempre me brindaron su apoyo en las sucesivas búsquedas de material que fui realizando. A María Etchepareborda le debo haber podido acceder directamente al material -que se encontraba fuera de visitas en el momento en que estuve en Argentina- y por lo tanto haber podido concluir la tesis. Igualmente, la ayuda y pericia del personal del Archivo General de la Nación -particularmente Alejandro Yankoski, Gabriel Tarruselli y Fabián Alonso- fue de una gran importancia para entender el sistema archivístico argentino y poder hacer que muchas de las búsquedas fueran fructíferas, especialmente en los tiempos acotados de mis visitas a la ciudad de Buenos Aires.

Agradezco también a la sra. Mónica Martínez de la Biblioteca del Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires por su amabilísima atención y por su disposición no sólo a atender mis pedidos sino a aumentarlos. Lo mismo debo decir del señor Juan Pablo Spotorno, bibliotecario de la Sección de Libros Reservados de la Biblioteca del Congreso de la Nación. Mi agradecimiento debe extenderse, por supuesto, al personal de la Biblioteca de la Universidad Nacional de La Plata, quienes sabiendo que iba desde Buenos Aires reservaban y apartaban el material para tenerlo rápidamente disponible para la consulta. El personal del Archivo del Instituto Histórico de la Municipalidad de la ciudad de Buenos Aires fue igualmente de gran ayuda para preparar y separar mapas y planos de la ciudad de Buenos Aires para que los pudiera utilizar, así como para ofrecerme los legajos necesarios para ampliar la información necesaria para mi tesis, como así lo fueron los responsables de la Biblioteca Municipal Manuel Gálvez, en Buenos Aires y los de la Biblioteca del Congreso de la Nación, sección general y hemeroteca.

También quiero dejar constancia de mi gratitud al personal de la Biblioteca Nacional de la República Oriental del Uruguay, Depósito de Publicaciones Periódicas Antiguas Reservadas, especialmente al Sr. Nerón (con quien contacté mediante mi compañero de doctorado Fernando Parodi), que me permitió el acceso a material de gran valor histórico. En Montevideo fueron muy interesantes y enriquecedoras las charlas sostenidas con los doctores Alex Borucki y Ana Frega, que me recibieron desinteresadamente. También agradezco al personal de las Bibliotecas Tornquist y Prebisch, del Banco Nación Argentino y al de la Biblioteca de la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires y del Centro de información y Documentación de la Legislatura Porteña. En todos los lugares mencionados se me permitió -vía acreditación como investigadora- fotografiar digitalmente el material en consulta, algo que evidentemente permitió el transporte de la información de un lado a otro del Atlántico.

En los sucesivos viajes a la ciudad de Buenos Aires, pude compartir extensas y útiles conversaciones con Nora Benavidez, Tomás Platero, María Magdalena Lamadrid, Carmen Platero, afrodescendientes que luchan cada cual a su manera por sacudir el polvo del olvido que cae sobre este modo con el que ellos se identifican y por el que luchan. En el mismo contexto compartí varios encuentros (personales o virtuales) con el Dr. Miguel Angel Rosal, la Dra. Florencia Guzmán, la Dra. Silvia Mallo, la Dra. Diana Lenton, el Dr. Fernando Fischman, la

Dra. Andrea Reguera, la Dra. Mónica Tarducci, la Dra. Dora Barrancos, el Dr. Darío Barrera, el Dr. Oscar Chamosa y el Lic. Osvaldo Otero, a quienes agradezco su tiempo y ayuda. Quiero destacar la dedicación y desinterés del Dr. Alejandro Frigerio, que no sólo me concedió varias e iluminadoras consultas sino también me hizo llegar material de lectura imprescindible para mi trabajo. Pero sobre todo, fundamental en estos años de investigación fue la labor desinteresada de la Dra. Claudia Briones, a quien le debo no sólo haberme acogido en su grupo GEAPRONA en los sucesivos viajes de investigación a la ciudad de Buenos Aires, sino que sus consejos e ideas me obligaran a pensar más y mejor en mi investigación, desafiándome continuamente a superar las explicaciones fáciles.

En lo que a Barcelona refiere, agradezco el tiempo dedicado y los consejos dados por distintos investigadores, que resultaron de especial relevancia para mi trabajo, especialmente a la Dra. Mónica Quijada, a la Dra. Mary Nash, al Dr. Jesús Bustamante y a la Dra. Verena Stolcke. Agradezco asimismo la colaboración prestada por el Dr. Abril Trigo y por el Dr. Luis Veres.

Pero el trabajo no hubiera sido posible sin el apoyo intelectual, material y espiritual de mi directora de tesis, la doctora Pilar García Jordán, quien no sólo me mostró el camino de cómo realizar una investigación histórica de una manera seria y rigurosa, sino también y fundamentalmente, que en la academia había lugar para la honestidad, el tesón y el cariño. Del mismo modo, la doctora Gabriela Dalla Corte -codirectora de la tesis- me ofreció experiencia y dedicación pero también cercanía y amistad, algo que es inapreciable para quienes nos encontramos lejos de “nuestro lugar”, o que ayuda a que estos “otros lugares” pasen a ser un poco nuestros. Creo que debo considerarme muy afortunada de haber podido realizar una investigación al lado de estas dos personas que nunca regatearon tiempos ni consejos, disponibilidad y protección. Fue Pilar García Jordán quien me invitó a formar parte del grupo de investigación que ella coordina, el TEIAA (Taller de Estudios e Investigaciones Andino Amazónicas), que fue consolidado por la AGAUR en el año 2005 (2005SGR 00250), y en el seno del cual tuvimos muchas y variadas discusiones con todos sus integrantes, a quienes desde aquí agradezco, destacando especialmente a los Dres. Antonio Acosta y Meritxell Tous y a mis compañeras de doctorado, de discusiones varias y grandes amigas Cynthia Folquer, Carla Peñaloza, Isabel Aguilera y Anna Guiteras.

Mi pertenencia al TEIAA derivó, también gracias a la Dra. García Jordán, en mi participación como investigadora del Proyecto I+D aprobado por el Ministerio de Educación y Ciencia de España (HUM2006-12351) dirigido por la Dra. Pilar García Jordán, que me permitirá continuar con diversas tareas de investigación.

Quiero señalar que no hubiera podido hacer este trabajo sin un círculo de colegas y amigos que me apoyaron constantemente desde la distancia, haciéndome sentir siempre cerca y respaldada y con quienes pude discutir distintas partes de esta tesis, gracias a lo cual se

enriqueció enormemente. Debo nombrar a Alejandro Arri, Santiago Geraghty, Camila Villamil, Elena Carballa y Claudio Wusaghk, siempre dispuestos a escucharme y a “darme una mano”, por lo que esta tesis también les debe bastante. Mis “amigas del alma” Ana Ariovich, Ana Ortiz y Mariela Rodríguez representaron asimismo no sólo un sostén intelectual sino afectivo imprescindible, y esta tesis les debe mucho.

Del mismo modo, el apoyo constante de mi familia posibilitó no sólo que las distancias se hicieran más cortas sino que me permitió el acceso a material que se encontraba lejano. Así, Ligia Benedetti me trajo en múltiples ocasiones libros, fotocopias, registros, contactos, etc., por lo que le agradezco mucho su apoyo. Mi hermana Cecilia y mis abuelos Popo y Elba siempre estuvieron atentos a saber de mis progresos y también de “mi vuelta”. A mis padres no quiero sólo agradecerles su esfuerzo, su implicación y su cariño infinito sino también dedicarles esta tesis, porque sin los valores que ellos me inculcaron nunca la podría haber llevado a término. Pero es sobre todo a Néstor Crubellati a quien le agradezco y le dedico este trabajo, por su amor, paciencia y compañía, por su confianza en mí y por hacerme ser cada día una persona mejor. Para vos, Néstor, es esta tesis.